

CAPITULO III

DE LOS SENTIDOS

No me propongo en mis escritos repetir lo dicho por otro. Así pues no voy á exponer aquí más que algunas observaciones sueltas que me pertenecen.

Los sentidos son prolongaciones del cerebro por las cuales recoge éste (en forma de sensaciones) los materiales que elabora para transformarlos en representaciones intuitivas. Entre las sensaciones, las que están destinadas á servir principalmente para la comprensión objetiva del mundo exterior no pueden ser por sí mismas agradables ni desagradables, lo cual significa que no deben afectar en nada á la voluntad. Sin esto, la sensación misma sería la que fijase nuestra atención, y nos detendríamos en el *efecto* sin pasar á la *causa*, que es aquí el fin que se persigue; pues la preferencia de que goza siempre, en nuestra consideración, la voluntad sobre la mera representación, hace que no nos dirijamos á esta última sino cuando no nos habla la primera. Según esto, los colores y los sonidos por sí mismos y mientras su impresión no excede de la medida normal, no nos dan sensaciones gratas ni penosas; se producen con esa indiferencia que les hace propios para ser asunto de percepciones puramente objetivas. Sucede ésto, en cuanto es posible, con un organismo que en sí es totalmente voluntad, y es caso, en tal respecto, maravilloso. La razón psicológica está en que, en los órganos de los sentidos nobles, ó sea los de la vista y el oído, los

nervios destinados á recibir las impresiones específicas de lo exterior, no son susceptibles de sensación dolorosa. No son absolutamente sensibles más que á la sensación que les es específicamente propia para servir á la mera percepción. La retina y el nervio óptico, así como el auditivo, son insensibles á toda lesión; en ambos órganos (ojos y oído) sólo sienten el dolor las partes que rodean su nervio sensitivo especial, mas nunca el nervio mismo. En el ojo, la conjuntiva, y en la oreja, el conducto auditivo son principalmente las partes accesibles al dolor. Lo mismo sucede con el cerebro que, atacado directamente por encima, no experimenta sensación alguna. Por virtud de esta indiferencia especial respecto de la voluntad, las sensaciones visuales son aptas para proporcionar al entendimiento datos tan varios y finamente matizados, con los cuales, mediante la aplicación de la ley causal y sobre la base de las intuiciones puras del tiempo y del espacio, se construye en nuestra cabeza el mundo maravilloso de los objetos.

Esta misma impotencia de obrar sobre la voluntad, da á la sensación de los colores, cuando su energía se ve acrecentada por la transparencia como en las puestas de sol, en la luz vista al través de vidrieras de colores, etc, la facultad de transportarnos fácilmente al estado de pura contemplación objetiva, sin mezcla de voluntad que, como he demostrado en el tercer libro, forma parte esencial de la impresión estética. Esa misma indiferencia respecto de la voluntad, hace á los sonidos aptos para suministrar á la razón variedad infinita de nociones.

Como el sentido externo, es decir la receptividad para las impresiones externas que sirven de datos al entendimiento, está repartido en cinco sentidos, éstos

se acomodan á los cuatro elementos, es decir á los cuatro estados de agregación, y á más, á la imponderabilidad. El tacto es apropiado á lo sólido (tierra); el gusto á lo líquido (agua); el olfato á los vapores, ó sea á lo volátil (perfumes, etc.); el oído á lo que se halla en estado fluido permanente (aire), y la vista á lo imponderable (fuego, luz). El calor, imponderable también, no es en realidad objeto de los sentidos, sino de la sensibilidad general; por eso obra siempre sobre la voluntad directamente, como sensación agradable ó desagradable.

De esta clasificación resulta también la nobleza relativa de los sentidos. La vista tiene la primera categoría, por ser su esfera más amplia y su sensibilidad más perfecta, lo cual viene de que el elemento que la excita es imponderable, algo que casi no es material, que es semi-espiritual, en fin. Viene luego el oído, correspondiente al aire. El tacto es un erudito adornado de conocimientos profundos y numerosos, pues mientras los otros sentidos no nos indican más que una sola propiedad especial de los objetos, como su sonido ó su relación con la luz, el tacto, estrechamente unido á la sensación general y á la fuerza muscular, suministra al entendimiento, á la vez, los datos concernientes á la forma, el tamaño, la dureza, el pulimento, la textura, la solidez, la temperatura y el peso de los cuerpos, y todo con la menor cantidad posible de probabilidades de error ó de ilusión, á que los otros sentidos se hallan expuestos. Los dos sentidos inferiores, el olfato y el gusto, no son extraños ya á la excitación inmediata de la voluntad; esto es, son siempre impresionados agradable ó desagradablemente; son sentidos subjetivos mas bien que objetivos.

Las percepciones del oído pertenecen exclusiva-

mente al tiempo. La esencia de la música consiste en la medida de los tiempos, sobre la cual descansa la calidad ó altura de los sonidos que resultan de las vibraciones, y también su cantidad ó duración, en virtud de la medida. Las percepciones de la vista, por el contrario, conciernen en primer lugar al espacio, y sólo secundariamente, por efecto de su duración, existen también en el tiempo.

La vista es el sentido del entendimiento, de la percepción intuitiva; el oído el de la razón que piensa y concibe. Los signos visibles interpretan imperfectamente los sonidos; dudo que un sordomudo que supiera leer, mas no tuviese representación alguna del sonido de las palabras, pudiese operar con los signos visibles que representan las conceptos, tan rápidamente como nosotros con los signos reales, es decir, con los sonidos perceptibles al oído. El sordomudo que no sabe leer, es comparable á un animal desprovisto de razón, mientras que el ciego de nacimiento es un ser racional.

La vista es un sentido activo, el oído un sentido pasivo. Los sonidos obran hostilmente sobre nuestro espíritu, y tanto más cuanto más activo es más y desarrollado está; diseminan los pensamientos y perturban la meditación. En cambio, por los ojos no se introduce ninguna perturbación análoga. Lo que se ve, en cuanto efecto óptico, no ejerce influencia alguna inmediata sobre la actividad del pensamiento (prescindiendo, naturalmente, del influjo de los objetos vistos sobre la voluntad). La mayor variedad de objetos que se ofrezca á nuestros ojos, no impide al pensamiento seguir su curso tranquilamente y sin obstáculos. La meditación está constantemente en paz con los ojos y en guerra con los oídos.

Este contraste entre los dos sentidos se comprueba por el hecho de que los sordomudos curados por la electricidad palidecen de espanto al primer sonido que oyen (Gilbert, *Anales de Física*, vol. 10, pág. 382), y al contrario, los ciegos de nacimiento curados, reciben con encanto la primera impresión de la luz, y se dejan poner, con pena, la venda.

Todo lo que acabamos de decir, se explica porque la audición se produce mediante un movimiento mecánico del nervio auditivo, que instantáneamente se propaga hasta el cerebro, mientras que la visión es una verdadera acción de la retina, acción excitada y provocada tan sólo por la luz y sus modificaciones, como lo he explicado largamente en mi teoría fisiológica de los colores, contraria en todo á esa teoría de una especie de éter colorido que viene á tamborilear en la retina. Esta última teoría pretende rebajar la sensación luminosa en el ojo á un movimiento mecánico, como el que se produce realmente en el oído, cuando nada hay más heterogéneo que la dulce y pacífica acción de la luz y el tambor de alarma que bate en el oído. Si con esto relacionamos la circunstancia de que á pesar de tener dos oídos, de sensibilidad muy diferente á veces, jamás oímos un sonido doble, cuando sucede con frecuencia ver imágenes dobles con los ojos, llegaremos fácilmente á la hipótesis de que la sensación auditiva no se produce en el laberinto ó en el caracol, sino en el lugar donde los dos nervios se juntan, bien profundamente en el cerebro, y que allí es donde la impresión se hace simple. Este punto se encuentra en el lugar donde el puente de Varolio abraza la medula oblonga, es decir, en aquel sitio eminentemente peligroso en que una lesión produce la muerte en el acto, y desde el cual el nervio acústico reco-

re breve trayecto hasta el laberinto, lugar donde se efectúa el movimiento sonoro. Esta proximidad á un lugar tan peligroso, del cual parten también todos los movimientos de los nervios, hace que un ruido repentino nos sobresalte, lo cual no sucede con una claridad súbita, un relámpago, v. gr. El nervio óptico, por el contrario, deja sus *thalami* mucho antes en el cerebro (aunque su origen se halle acaso detrás de éstos), y en todo su trayecto está cubierto por los lóbulos anteriores, aun estando siempre separado hasta el punto de que al salir del cerebro se despliega en la retina. En ésta es donde nace verdaderamente la sensación á consecuencia de la excitación producida por la luz; aquél es su asiento propio, como lo demuestra mi tratado de la luz y los colores.

El origen del nervio acústico explica también la turbación que producen los ruidos á la inteligencia, lo cual hace que los pensadores, y en general las personas muy inteligentes, no puedan soportar el bullicio, que estorba el incesante curso de sus pensamientos é interrumpe y paraliza su meditación, porque el movimiento del nervio acústico se propaga muy hondo en el cerebro, cuya masa toda experimenta entonces de una manera muy marcada las oscilaciones provocadas por el nervio, pues el cerebro de tales hombres es más accesible á las vibraciones que el de los sujetos vulgares. La movilidad y conductibilidad extraordinarias del cerebro de los hombres superiores hacen que un pensamiento evoque tan fácilmente en ellos los que con él se relacionan ó guardan analogía. De ahí resulta que las semejanzas, las analogías y las relaciones se presentan á estos espíritus con tal rapidez y tal facilidad, que un mismo caso que se había presentado antes á millones de cabezas vulgares sugiere á un espíritu se-

lecto una idea ó un descubrimiento, y aquellos otros se sorprenden luego de no haber concebido esa idea ó no haberle hecho ellos también ese descubrimiento; pero las inteligencias mediocres, si pueden reflexionar sobre los pensamientos ajenos, no tienen el don de pensar espontáneamente. El sol lucía sobre todas las estatuas, mas sólo la de Memnon vibraba. Kant, Goethe, Juan Pablo eran muy sensibles á cualquier ruido, según cuentan sus biógrafos (1). Goethe en los últimos años de su vida compró una casa ruinosa lindante con la suya, tan sólo para no oír el ruido de las reparaciones que en aquel edificio se hacían.

Nada consiguió, pues, en su juventud, cuando buscaba el redoblar de los tambores para acostumbrarse al ruido. No es esta cuestión de hábito. En cambio la indiferencia verdaderamente estoica de las personas vulgares es, en este punto, sorprendente. No hay ruido que les estorbe el meditar, el leer y escribir, mientras que cualquiera imposibilita para ello á un espíritu superior. Pero lo que tan insensibles les hace á cualquier especie de ruidos, les hace insensibles también á lo bello en las artes plásticas, á un gran pensamiento ó á una expresión finamente acabada en las artes de la elocuencia; en suma, á todo lo que no toca á su interés personal. La siguiente observación de Lichtenberg puede aplicarse á la acción paralizadora que ejerce el ruido sobre las personas de talento. «Es buena señal en los artistas que les perturben bagatelas en el ejercicio de su arte. F... sumergía las manos en polvo de licopodio cada vez que iba á tocar el piano...

(1) Lichtenberg en su *Miscelánea* (Göttinga, 1808, v. I, p. 43) dice: «Soy extraordinariamente sensible á cualquier ruido, pero lo tolero cuando responde á un fin razonable.»

Un espíritu vulgar no se hubiera sentido molesto por tan poco: es una criba de agujeros grandes» (*Vermischte Schriften*, v. I, p. 398). Por mi parte creo con firmeza, desde hace mucho tiempo, que la cantidad de ruido que puede soportar cada uno sin enfado, está en razón inversa de sus facultades intelectuales y hasta puede servir de medida aproximada de ellas. Cuando oigo aullar á los perros largo tiempo en el patio de una casa, sin que se procure hacerlos callar, se á qué atenerme sobre la inteligencia de los moradores. El hombre que habitualmente cierra de golpe las puertas en vez de hacerlo con cuidado, ó consiente que lo hagan en su casa, no sólo está mal educado, sino que muestra ser inculto y obtuso. En inglés *sensible* significa también inteligente, y esta coincidencia revela una observación exacta y delicada. No estaremos completamente civilizados mientras los oídos estén expuestos á todo género de licencias y mientras se pueda perturbar las meditaciones de un ser inteligente con silbidos, gritos, martillazos, restallar de látigos ó ladridos de perros tolerados por su amo, á mil pasos á la redonda del que medita. Los sibaritas habían relegado fuera de su ciudad todos los oficios ruidosos; la respetable secta de los shakers, de la América del Norte, no consiente ruido alguno inútil en sus aldeas, y lo mismo se dice de los hermanos Moravos. En el segundo volumen de *Parerga*, cap. 30, se hallarán más pormenores acerca de este punto.

A la naturaleza *pasiva* del oído se debe también el efecto, tan penetrante, inmediato é infalible, de la música sobre el espíritu, así como el particular estado de exaltación que provoca á veces. Las vibraciones de los sonidos, nacidas de relaciones numéricas combinadas racionalmente, comunican á las fibras del

cerebro ese mismo estado vibratorio. Por el contrario, la naturaleza *activa* de la vista, enteramente opuesta á la del oído, nos hace comprender por qué no puede existir para los ojos algo análogo á la música. El teclado de los colores no ha pasado de ser una tentativa desgraciada y ridícula. Por la naturaleza *activa* de la vista se explica el que este sentido esté tan desarrollado en los animales cazadores ó de presa. Por el contrario, el sentido *pasivo* del oído es extraordinariamente sutil en los animales tímidos, que se sustraen á las persecuciones por medio de la fuga. El oído les advierte la aproximación del enemigo que se acerca galopando rápidamente ó que se arrastra sin hacer ruido.

Si la vista es el sentido del entendimiento y el oído el de la razón, el olfato puede ser considerado como el sentido de la memoria, pues mejor que otra cosa alguna, nos recuerda inmediatamente la impresión de un acontecimiento ó de una localidad, por remota que esa impresión sea.

CAPITULO IV

DEL CONOCIMIENTO «A PRIORI»

Del hecho de que podemos enunciar y determinar por nosotros mismos las leyes de las relaciones en el espacio, sin necesidad de la experiencia, deducía Platón (Meno, pág. 383, Bip.), que aprender es recordar. Kant deduce, por el contrario, que el espacio tiene por condición el sujeto y no es más que una forma de la facultad de conocimiento. ¡Cuán elevado está Kant sobre Platón, en este punto!

Cogito ergo sum es un juicio analítico. Parménides pensaba que es hasta un juicio idéntico το γαρ αυτο νοειν εστι τε και ειναι (*nam intelligere et esse idem est.* Clem. Alex. Strom. VI, 2, § 23). Como tal juicio idéntico, ó simplemente como analítico, no nos enseña gran cosa, ni siquiera nos la enseñaría, si profundizando más se le quisiese derivar, como conclusión, de la mayor: *non entis nulla sunt predicata*. Lo que Descartes quiso enunciar en realidad fué esa gran verdad de que no hay certeza inmediata más que en la conciencia de sí, para lo subjetivo; de lo objetivo, ó sea de todo lo demás, no hay certeza más que de una manera mediata, por *mediación* de lo subjetivo. Siendo, pues, secundario lo objetivo, debe ser considerado como problemático. Este es el verdadero valor de esa proposición célebre. Formulando su antítesis, en el espíritu de la filosofía kantiana, podemos decir: *cogito, ergo est*. Quiero decir, que las relaciones (matemáticas) deben realizarse en toda experiencia posible, idénticamente tales como